

final.

Esteve [28 de Marzo de 2014]

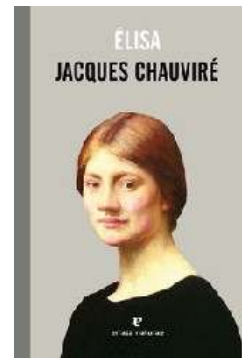
ÉLISA de JACQUES CHAUVIRÉ

Seguramente ya se habrá dicho antes, y por personas más autorizadas, que una narración en que participan niños o perros debe ser tierna a la fuerza. Los niños y los animales de compañía siempre dotan de un sustrato de inocencia y naturalidad, de fidelidad y compañerismo, de dependencia y entrega a ciegas, al relato que acompañan y configuran un marco inmejorable para expresar ternura y sensibilidad. El peligro es que el exceso de sensibilidad derive en sensiblería y el relato termine transmitiendo un mensaje irrelevante por inundación de almibar. Es así que, cuando intervienen estos elementos, hay que tener cuidado y medir muy bien los comportamientos para huir de la tontería y poder ofrecer al lector una historia sensible y, a la vez, emocionante.

Este último es el caso de *Élisa* de Jacques Chauviré, una *nouvelle* que combina el relato de las consecuencias trágicas de la recién terminada Primera Guerra Mundial con la narración del descubrimiento del primer amor por parte del protagonista, un niño de 5 años huérfano de padre, en la figura de la joven Élisa, una adolescente que se introduce en el universo familiar como pólvora ardiente. A quien se pregunte cómo es posible el primer amor entre un niño de 5 años y una chica de 18, le bastará con repasar las teorías formuladas por Sigmund Freud sobre las manifestaciones sexuales del hombre en sus diversas etapas, según las cuales la sexualidad (no confundir con la genitalidad) se manifiesta en todas las edades y en cada una de ellas de diferente manera. Tanto es así que el joven narrador, rodeado de una femineidad abrumadora pero a la vez asexualada (la madre, sus amigas, la abuela, ...), cae hechizado por el encanto de Élisa y su voluptuosidad. A partir de ahí, todo el juego relacional entre el niño y la joven será un combate enfrentado entre el sentido posesivo, los celos, el exhibicionismo y el acaparamiento de un niño que confunde la necesidad de protección y de mimos con la realización del primer amor, y el sentido de obediencia, el instinto maternal y la responsabilidad profesional de una chica que intenta no confundir el deseo de ser amada y adulada con una condescendencia ilimitada. Efectivamente, el niño llega a comportarse como un auténtico sátiro, acaparando la atención de la chica de la manera más absorbente, es decir, de aquella manera tiránica en que sólo los niños son capaces de actuar, egocéntricamente, exprimiendo todas las posibilidades, desde el entusiasmo cariñoso hasta el desdén injustificado. La joven Élisa se siente cautivada por las estratagemas del niño y no rechaza en absoluto el papel de figura central en la vida del niño hasta que el atrevimiento de este sobrepasa los límites de la decencia. Esta educación sentimental actuará en ambas direcciones: el niño aprenderá que en el amor siempre hay fronteras y que las relaciones amorosas se componen de un constante tira y afloja; la chica descubrirá que ser amada es tan importante como amar y que la relación con un niño es una prefiguración de las relaciones con los adultos. Porque, en el fondo, en el amor todo el mundo se comporta como un niño, con los celos y rabiets propios de la infancia, con el cálculo interesado entre la necesidad de protección y la satisfacción del placer. Y todo explicado con el convencimiento de la primera persona, con la voz del protagonista cuando ya ha dejado de ser niño y recuerda unos episodios que le marcaron más que la ausencia de un padre que casi no llegó a conocer o la presencia de un hermano con quien no llegó a congeniar. La sorpresa del final ayuda a redondear el relato y darle un sentido de irreversibilidad.

Élisa, un buen aperitivo para leer en una tarde, de aquellos bocados que se tragan rápidamente pero cuya intensidad de aroma y de sabor perduran en el paladar y en el recuerdo.

Esteve [17 de Marzo de 2014]



EL HOMBRE APARECE EN EL HOLOCENO de MAX FRISCH

Hay que hacer una advertencia: este es un libro devastador. Bajo una apariencia modesta y minimalista se esconde una de las más grandes y solemnes tragedias de la existencia humana: la decrepitud. 130 páginas que no ofrecen grandes descripciones, ni profundas disquisiciones ni elaboraciones filosóficas, pero que transmiten una idea aterradora del proceso de envejecimiento y la pérdida de facultades y, lo que es mucho peor, la absoluta incapacidad de luchar contra esta degeneración. Cualquier intento de combatir este tránsito hacia el abismo está destinado al fracaso.

El Hombre Aparece en el Holoceno tiene un solo protagonista, Geiser, un hombre de edad avanzada, viudo, aislado del mundo en una casa de montaña de un pueblo perdido en los Alpes suizos, recluido forzosamente en el interior de su vivienda a debido a un cúmulo de inclemencias climatológicas que no sólo rompen su rutina cotidiana (ese ruido familiar del motor del autobús, aquella visita habitual y aquella conversación anhelada, aquella cena frugal recurrente y aliviadora), sino que además lo ponen en contacto con la compañía más indeseable, la de la soledad. Si el bienestar humano se apoya en un montón de pequeñas cosas, la repetición de las cuales constituye una costumbre, y la costumbre es aquel elemento que da estabilidad y seguridad, la aparición de factores inesperados que modifiquen estos hábitos se puede equiparar a un cataclismo. Es precisamente la vejez el momento en que esta dependencia de la repetición de los pequeños detalles se hace más patente y es cuando una variación o un impedimento que altere estos automatismos recibe la categoría de catástrofe natural. Precisamente la metáfora utilizada por Max Frisch, una avalancha de truenos, rayos, lluvias, tormentas y deslizamientos de tierras, una verdadera catástrofe natural exterior, motivará una irremisible catástrofe natural interior. La soledad aparecerá en la vida de Geiser de una manera inclemente, con el peso abrumador de una de las montañas alpinas que lo rodean. Pero la soledad será sólo una de las piezas que conformarán la degradación total. La soledad vendrá acompañada de la imposibilidad de recordar, de la progresiva sensación de olvido, de la irreversible llegada de la desmemoria y la amnesia. Geiser, alertado por los primeros síntomas, se propone defenderse con todos los mecanismos a su alcance, el primero de todos el esfuerzo para recordar todo lo que considera importante y la manera más eficaz que se le ocurre es copiar primero y recortar más tarde fragmentos de libros y enciclopedias con aquella información indispensable según él y pegarlos por las paredes de la casa de forma que operen como un remedio contra el aislamiento y como ejercicio mnemotécnico. Consolidado este recurso y aprovechando una pequeña tregua climática, Geiser se propone ponerse a prueba enfrentándose a la naturaleza y decide iniciar una excursión por los parajes desolados que ha dejado la tormenta. El triunfo en este reto, la llegada a salvo desafiando el peligro no hará más que subrayar su derrota al ver que sus facultades mentales merman con la misma acelerada progresión con que el mundo que le rodea se recompone cuando vuelve la normalidad y se restablecen los pequeños acontecimientos cotidianos que daban razón de ser a la vida de Geiser. Nada ya será lo mismo, el proceso ha comenzado y no hay vuelta atrás. La memoria se fragmenta, la conciencia parpadea, el conocimiento se hace intermitente y la batalla está perdida.

Max Frisch no necesita hacer gala de emociones apasionadas y manifestaciones sensibles. *El Hombre Aparece en el Holoceno* es un retrato objetivo, desapasionado, crudo y descarnado, y eso precisamente lo hace tan terrible e implacable. Si la literatura tiene una función catártica, esta novela cumple la función. Nos hace experimentar la compasión y el miedo, nos anuncia un final irreversible y nos hace partícipes de la tragedia humana como espectadores privilegiados advirtiéndonos que, tarde o temprano, seremos actores principales. Quien busque literatura condescendiente y contemplativa, *vade retro* Max Frisch, o parafraseando a Dante, quien se interne en *El Hombre Aparece en el Holoceno*, que abandone toda esperanza.

Esteve [28 de Febrero de 2014]



LAS HERMANAS MITFORD de ANNICK LE FLOCK'HMOAN

Maravillosa biografía de la familia Mitford, barones de Redesdale. Una familia noble que pasó de la época victoriana, con las costumbres y reglas estrictas de la gente noble, al siglo XX,

